

CUALQUIER ITINERARIO

Jesús Enrique Barrios

Vislumbro los caminos. Mutilado por la agonía salgo en desbandada. Han vaciado mis jornadas. Sobrepaso el sufrimiento. Estrujo el día hasta que se desprende la última fogata. El eclipse prepara el asedio. Baján las aguas. Me pierdo en lo que aún resta de fuego. ¡Oh! ¡Purificación! ¡Qué desolación atrae mis postreros impulsos! ¡Ah! ¿Qué permitiré saciar mi búsqueda? ¿Habrá un punto donde mi sueño se amarre a siempre?

2

Me enredo al oleaje donde el padecimiento ondea sus legados. Rompo el cristal que aisla mi pesadumbre. Fatigo en vano mi pulso. Dejo que penetre en mí el aliento de las primeras deidades. Entre hueso e inmortalidad sacrifico el logos y me entrego a los destellos de la luna. A ciegas habito mis propios escombros. No escondo el miedo, y sin embargo, no doblo la rodilla ante el enemigo.

3

Sé, hasta el tuétano que se trata de una corrosiva tristeza. Apenas si puedo voltear los ojos hacia adentro. Me asaltan y me interrogan hasta que el enigma estremece mi osamenta. Me identifico como un error, que salta por los cuatro costados sin encontrar asidero.

4

En mí la tortura ha logrado la oscuridad. No vuelvo atrás para no invalidar el vacío. Me inclino ante esa afrenta poblada de frustraciones y revuelvo los ónticos asedios que se disputan la permanencia. Despojado de mi alegría irrumpo en el asombro. Es decir, me elevo por encima de la lucha y caigo sobre los círculos que la luz me ofrece. Abro la dimensión donde el pájaro establece su señorío: hago ríos y sombras para amolar el argumento.

5

Vuelvo a la imagen y a la idea. Semejante soledad acorrala mis ilusiones. La tempestad asoma su destino. Y por ahí, tras largos tanteos

estiro mi intención. No obtengo ninguna recompensa. Sé que *estoy vivo y es suficiente. Me basta encontrar otro signo que pueda indicarme la locura.

6

Alrededor han sembrado los muros más crueles y no obstante, forcejeo en un solo punto, hasta que me hundo en la imaginación. Tal vez logro alimentar mi desamparado pensamiento, mientras preparan la cita infalible.

7

Las sabandijas se han desarrollado en un grado tal, que es imposible convivir sin ellas. Han arrugado tanto la ruta que no queda ni un atajo para el viaje. A pesar de todo, he aprendido a resistir y a amotinarme frente a los barcos que también vienen a catequizarme.

8

Ahuyento cualquier invitación, pero no puedo resistir los combates que celebra mi sangre. En las cavidades del viento suelo conjurar mis devociones. Me lanzo tras la pista dejada por los profetas. Y sin creer en profecía alguna no puedo dejar ese libro que tanto me invita a no ser. De todos modos me siento perdido, y en consecuencia, altero el porvenir y fabrico mis propios desaciertos.

9

Acostumbro batirme en silencio. Desangrarme ante los demás y estar ausente en el momento de la fuga. Arrimo mi desgracia al resplandor y levanto el vuelo en el momento preciso. Lo que me exigen lo concedo y si no reclamo el premio, es asunto de mi misma condición. Es natural que sea así, pues pertenezco —¡Oh, hermosa contradicción!— a la estirpe del agua y el diamante. Con la dificultad del agua juego con el sol. Con la facilidad de la piedra giro en el espacio. A ciencia cierta encamino mi debilidad hacia la plenitud.

10

En esas latitudes me salgo con la mía: pues, a pesar de mis recientes heridas sigo soplando para que el fuego incite la búsqueda. No es verdad que la realidad sea hijastra del espíritu ni el espíritu hijastro de la realidad. Más bien debemos dejar los pasatiempos y concretar nuestros esfuerzos en el arte de la jardinería. No pertenezco al grupo de

los que se trazan una meta. Ando sin orientación y perforo el itinerario en silencio. Y me entrego, con luz propia, al torbellino que ahoga mi desvarío. Sólo así puedo enarbolar parte del lenguaje que me define.

11

Aquí tendré que enterrar la unidad. Empero, no mortifico mi deseo. Reparto la cosecha que se desprende de mi espíritu. Alterando el rumbo, adhiero mis congojas a los vaivenes de la razón. Cuento los instantes riesgosos. Me permito reflexionar sobre la constitución del bosque y obligo a mi conciencia a que consulte con las aguas.

Me vengo despojando en el azar: elimino las sutilezas, elimino las sentencias. La lluvia roe mi lujuria y el naufragio me depara la salida. Cada vez que presiento el encuentro se yuxtapone un espejismo y salto hacia otro más allá, donde sólo es permisible el instinto de la fiera y la alquimia de las raíces.

12

No es fácil lograr el juicio equilibrado. En cualquier instancia se repite el error. Y sigue su curso el afán perdido. A medida que aquilato el brindis crece la soledad. Y vuelvo a mí mismo. Esa vuelta al ser no es más que una costumbre griega, totalmente contradictoria que me fuerza a decir Heráclito y Parménides. Después de haber encendido esta luz difícilmente me sorprenderá algún infierno.

13

No reconozco la duda. Prefiero el asalto a mano armada. Prefiero la desnudez de la palabra. A mí no me vienen con entre paréntesis, pues he sabido que el grano de maíz puja en la tierra y en el aire con el fuego y el agua para ser mazorca. Y eso es definitivo. Yo soy con ellos y la piedra. Abro huecos en los muros para alejar el horizonte. Y más lejos sigo cultivando el reclamo. Reto al propietario para sentir que me bato en silencio y me desangro ante los otros.

14

Me precipito en ese aliento que olorea al tiempo. Cualquier agujero es misterio suficiente para elevarme más allá de esas concreciones que pretendo encontrar. Y sé que el futuro me aguarda con su consabida carga de reclamos. Por lo tanto me preparo a seguir los latidos de quienes violentan el porvenir. Ruedo sobre la pendiente de la noche. Las estrellas lavan el abismo y disuelven sus embrujos allende los cataclismos

carnívoros. Entonces, imantado por el sueño hago coro con el vecindario y me hago a la lucha cotidiana.

15

Y el pensamiento despliega sus alas y difiere sus cosechas al futuro. Y de repente el entorno se convierte en amenaza, y el amor del hombre se disocia de su ambiente y proclama una libertad sin rumbo, hecha a la medida del placer. Envuelta en ese presagio la condena nos sale al paso y desde el yo hasta el tu, grandes multitudes ahorcan su voz en la consigna. El morado se esparce por el aire y un río fangoso se apresta a inundar las ciudades. Muy dados al despliegue de los signos, tratamos de ordenar el desatino. Se nos cae la máscara y el engaño sufraga la traición. ¿Qué largo se hace el desenlace!

16

En la abertura del relámpago se encuencan las mariposas. El arpa anuncia la derrota. Firmamos la tregua y entregamos nuestras emociones a la rapiña. El campanario guía las cenizas que despiertan los recuerdos. El desdén multiplica el vaticinio. La llama se extingue en el corazón del tiempo. Por mucha verdad acumulada, sigue ganando la urgencia de vivir. La fatalidad de la cópula nos adiestra en el dolor. Seguimos la línea equivocada. Sólo el tatuaje de la protesta nos identifica.

17

Voy de mercado en mercado exhibiendo mis ensueños y socavando la infalible desesperanza que aguarda mi vejez. Las pocas veces que pienso en el porvenir, logro retroceder a la lejana mendedumbre campesina donde la paraulata espantaba mis temores. La resaca del canto me caía encima y moría antes de haberme decidido a la contienda.

18

Lo que me ha ocurrido también le sucede al otro. La nostalgia se restriega en mi pecho. A medida que recibo el castigo crece la tristeza. Cuando pierdo golpeo mi espíritu para evadir el final de la jornada. Hay que vivir cuanto es en el tiempo que sea. Por eso no retraso ni adelanto nada. Para dar en el blanco he estado perdiendo toda la vida. La imagen se daña con sólo mirarse en el espejo. A pesar del olvido queda la ceniza de haber andado. El mejor instante es el que anuncia la eternidad, cuando renacemos en los despojos de los demás. Y nos seguimos preguntando: ¿Habrás un punto donde podamos amarrar el sueño a siempre?